



# El Evangelio de Juan

## El Hijo de Dios

### **Autor, antecedentes históricos**

---

El autor del Evangelio de Juan es el apóstol Juan. Escribió este Evangelio junto con sus Epístolas y el Apocalipsis hacia los años 95/96 d. C. Estos cinco libros bíblicos son los últimos escritos del Nuevo Testamento. Juan no se llama a sí mismo por su nombre, sino que se interpreta más a menudo como el discípulo a quien Jesús amaba (Jn. 21:24; 13:23; 19:26; 20:2; 21:7,20) y también como „el otro discípulo“ (18:15; 20:2,3,8). No era el discípulo favorito del Señor Jesús (como algunos piensan), sino que era especialmente consciente del amor del Señor Jesús. Juan, su hermano Jacobo y Pedro se mencionan a menudo conjuntamente (Lc. 8:51; 9:28; Mt. 26:37; Mr. 13:3).

Encontramos al Señor Jesús en el Evangelio de Mateo como el **Rey de los Judíos**, en el de Marcos como el **Siervo**, en el de Lucas como el **Hijo del Hombre** y en el de Juan como el **Hijo de Dios**.

### **División del Evangelio**

---

1. Introducción (1:1-18)
2. El ministerio público de Jesús (1:19-12:50)
3. Palabras de despedida a los discípulos (13:1-16:33)
4. La oración de Jesús a su Padre (17:1-26)
5. Muerte y resurrección de Jesús (18:1-19:42)
6. Encuentros con el Señor Resucitado (20:1-21:24)
7. Palabras finales (21:24.25)

### **Características especiales en los distintos capítulos**

---

#### **Introducción**

El Evangelio de Juan es muy diferente de los otros tres Evangelios, los llamados Evangelios Sinópticos. Estos contienen más historia y describen especialmente los acontecimientos en los que el Señor Jesús participó en la tierra. En el Evangelio de Juan encontramos más el despliegue de verdades profundas. Juan presupone que los otros tres Evangelios ya eran conocidos. Se opone, por encima de todas las corrientes, contra el gnosticismo, que negaba que el Señor Jesús fuera verdaderamente Hombre. Los seguidores de esa corriente sostenían que Él era una persona divina, pero no reconocían que hubiera venido realmente en carne. Afirmaban que simplemente había venido con una forma externa, humana, pero que no era realmente humano con un alma humana, un espíritu humano y un cuerpo humano. Por lo tanto, no hay ningún Evangelio que ponga en evidencia tan claramente que el Señor Jesús fue verdadera y plenamente hombre.

Por otra parte, encontramos al Señor Jesús aquí en particular como el Hijo de Dios. En el capítulo 1 no sólo leemos que fue hecho carne (1:14), sino que también es una persona divina, el Hijo unigénito del Padre, que estaba y está en el seno del Padre. En esto, este Evangelio va mucho más lejos que los otros tres Evangelios. Describen los cargos que tuvo el Señor Jesús como ser humano: como *Mesías* (Mateo), como *Siervo* y *Profeta* para Israel (Marcos) y como *Hijo del Hombre* para toda la humanidad (Lucas), por tanto siempre en relación con la humanidad del Señor. Describen cómo satisface las necesidades del hombre: para redimir a su pueblo de sus pecados (Mateo), para ejercer el ministerio de Dios hacia ellos como profeta - los profetas sólo eran enviados, cuando la condición del pueblo era mala - (Marcos), y para dar testimonio de la gracia de Dios a una humanidad pecadora (Lucas).

Este Evangelio va mucho más allá de las cosas que la gente necesita. No encontramos la solución al problema del pecado en este Evangelio (con excepción del capítulo 20, allí se trata del perdón administrativo para la tierra). El

capítulo 1:29 trata de la contaminación general de todas las cosas creadas, no de los actos pecaminosos del hombre y no del problema de la redención y de la reconciliación, que es de lo que tratan los otros Evangelios.

En este Evangelio vemos al Señor Jesús como el *Hijo del Padre* que está siempre „en el seno del Padre“ (1:18). Vino a dar a conocer al Padre y a la vida eterna. Esto va mucho más allá de nuestras necesidades como seres humanos, incluso también como pecadores. El don del Hijo y todas las bendiciones del Padre surgen de los consejos eternos y de la gracia ilimitada. Todas las bendiciones de la casa del Padre son las bendiciones de su propia persona. En conjunto, son la *vida eterna* que estaba con el Padre, sí, que es el mismo Señor Jesús: „Este es el verdadero Dios, y la *vida eterna*“ (1 Jn. 5:20). Es la vida que „estaba con el Padre y se nos manifestó“ (1 Jn. 1:2). Poseer la vida eterna significa que conocemos a Dios en su esencia más profunda, es decir, como Padre del Hijo, y que conocemos a Jesucristo, el enviado de Dios: como Hijo eterno del Padre (cf. Jn. 17:3).

## Capítulo 1

Por eso, este Evangelio no comienza con una genealogía terrenal, sino más bien dice de Él: „Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad“ (Mi. 5:2). Así, este Evangelio comienza con las palabras: „En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho“ (1:1-3). Así que la primera gloria es que Él es la *Palabra de Dios*. La *palabra (logos)* significa la expresión de un pensamiento interior más profundo. Él era el Verbo que estaba con Dios desde la eternidad. Dios sólo puede ser conocido a través de la Palabra. Sólo Él es la persona en la que Dios se ha revelado. ¿Cómo creó Dios los mundos? A través de la Palabra, porque donde Dios se revela es a través de la Palabra. ¿Es Dios luz que también difunde luz? Entonces es a través del Verbo, pues el Verbo es una Persona divina que es vida y da vida, y como tal era „la luz de los hombres“ (v. 4).

Pero también encontramos otra vertiente al principio de este Evangelio, que también corre como un hilo rojo a través de este Evangelio: El mundo, en el que el Señor Jesús reveló la luz divina, Le rechazó. Las tinieblas no prevalecieron contra ella (v. 5), el mundo no Le conoció (v. 10). Y los suyos - es decir, Israel - no Le recibieron (v. 11). Pero en este mundo se está formando una nueva familia, compuesta por todos aquellos que creen en el nombre del Señor Jesús, que Le han recibido y que han nacido de Dios. Tienen potestad de ser hechos hijos de Dios“ (v. 12).

Luego se subraya que aquel Verbo fue hecho *hombre*. Así que el Señor Jesús no sólo tomó una forma humana, sino que fue hecho carne, Él mismo. Y esto no por un tiempo. El Verbo fue hecho carne por toda la eternidad, pues por toda la eternidad esta Persona divina que era con Dios y que es Dios mismo seguirá siendo hombre. Como hombre reveló a Dios en la tierra de una manera especial, pues aquí se dice que por medio de Él vinieron la gracia y la verdad. Moisés era sólo un mediador entre Dios y los hombres, pero en el Hijo estaba la gracia y la verdad, pues el Verbo era Dios.

Además, a esto se añade una segunda gloria. El Verbo hecho carne ha revelado una gloria en la tierra: la del unigénito del Padre (v. 14). Esto es algo completamente nuevo. El Verbo reveló a Dios, el Hijo reveló al Padre. El Padre no era conocido como un Dios trino hasta entonces. Así también dijo el Señor Jesús: „El que me ha visto a mí, ha visto al Padre“ (14:9). En él también hemos llegado a conocer al Hijo, y también el Espíritu Santo como persona divina es revelado en el Señor Jesús. El Dios Trino se revela en Aquel que está y estaba en el seno del Padre (incluso cuando estaba en la tierra). Él ha dado a conocer a Dios como sólo Él conocía a Dios.

Después de este testimonio que Juan el Bautista da de Él en los versículos siguientes, vemos una tercera gloria en el versículo 29, a saber, que Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El mundo Le ha rechazado, esto apunta al mayor problema del cosmos, el problema del pecado, que como poder se ha impregnado en todo. Aquí no se dice cómo llegó el pecado aquí ni cómo será eliminado. Sólo aquí se afirma que esta Persona divina, el Hijo del Padre, que se ha convertido en el Cordero de Dios, quitará en adelante el pecado del cosmos. Aquí Le vemos como un holocausto, que se ofrecería a sí mismo a Dios, su Padre, para su complacencia, incluso como olor fragante.

Luego siguen otras tres glorias del Señor Jesús tal como se anuncian en el Antiguo Testamento y como Le esperaban los judíos: En las palabras de Andrés Le reconocemos como el *Mesías* (v. 41) y en las de Natanael como el Rey de Israel: „Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel“ (v. 49). Resumimos tres glorias:

1. **Hijo de Dios:** Cuando el Antiguo Testamento habla del *Hijo de Dios*, es algo completamente diferente de lo que encontramos al principio de este capítulo: Aquí encontramos al unigénito del Padre, al Hijo eterno, que está en el

seno del Padre. Pero el Señor Jesús también es el Hijo de Dios como ser humano, porque fue engendrado por Dios en María (Sal 2:7; véase también Lc 1:35). Como tal, también es el Mesías, el Rey que sería ungido sobre Sión.

2. **Rey de Israel:** Tal vez Juan también tenía esto en mente en el versículo 34, ya que el Espíritu Santo descendiendo sobre el Señor Jesús debía ser una prueba por parte de Dios de que Él era el Hijo de Dios (es decir, por nacimiento). Pero para el corazón del Padre se trataba más bien de que en esta ocasión - por la vida de Cristo hasta ese momento - podía decir: Este es „mi Hijo amado; en ti tengo complacencia“. Esto se expresa en las palabras posteriores del Señor Jesús: Cuando resultó que Natanael, según su propia expectativa judía, Le conocía sólo como el Hijo de Dios en el sentido del Mesías, como el *Rey de Israel*, el Señor le dijo a Natanael que le revelaría una verdad, una gloria de Su Persona que iría mucho más allá.
3. **Hijo del Hombre:** Encontramos esta gloria en el versículo 51: Él es el *Hijo del Hombre*. ¿Pero cómo puede ser Él ahora más glorioso como Hijo del Hombre que como Hijo de Dios? Como Hijo de Dios, no es aquí el Hijo eterno del Padre, sino el Mesías engendrado por Dios según el Salmo 2:6,7. Pero el Señor le dice a Natanael, por así decirlo, que no sólo se relacionaría con Israel como Hijo de Dios (como Mesías), sino también como el *Hijo del Hombre*, que tiene una relación con toda la humanidad en el sentido del Salmo 8: A sus pies se someterá toda la creación, de modo que los ángeles ascenderán y descenderán sobre Él como „espíritus ministradores“.

## Capítulo 2

En el futuro Reino de Paz se cumplirá lo que acabamos de ver. No sólo es el Mesías de Israel, sino que toda la creación será puesta debajo de sus pies, porque Él, como Cordero de Dios, ha cumplido la voluntad de Dios aquí en la tierra. La introducción de este Evangelio concluye, pues, con el milagro del vino en las bodas de Caná (2:1-11), del que leemos en el versículo 11 que fue la primera „señal“ que hizo Jesús y en la que manifestó su gloria.

En el Evangelio de Juan vemos a menudo que en los sucesivos acontecimientos también da una representación ejemplar, simbólica, de los caminos del gobierno de Dios, es decir, de lo que Dios hará en el futuro en virtud de la obra del Señor Jesús. Esto queda claro aquí en los diversos „días“ que se mencionan: El primer día que se menciona se refiere al testimonio frente a Israel en ese momento (1:29,30), luego en el versículo 35 se habla de un „día siguiente“, cuando el Señor Jesús ocupe un lugar apartado en el mundo con sus discípulos (tal como lo encontramos actualmente realizado en el testimonio cristiano). Luego hay de nuevo un „día siguiente“ en el versículo 43 en relación con el testimonio de Felipe y Natanael. Se trata de una referencia al testimonio que se dará en Israel en el futuro, cuando se separe un remanente judío „en quien no hay engaño“ (cf. v. 47). Esto se concluye con el „tercer día“ (2:1), las bodas de Caná. Esta es una imagen del Reino de Paz, cuando Cristo prepare el vino de la alegría. El Reino de Paz comienza con una boda que se celebrará en la tierra. Entonces el Señor Jesús se unirá a su novia terrenal, Jerusalén. Así, en resumen, encontramos aquí un anticipo del cumplimiento de todos los caminos de Dios.

A partir del capítulo 2:13 se nos describe la dura realidad, es decir, que el Señor Jesús es rechazado. Lo que ya se había observado en el capítulo 1, se expone aquí con más detalle. Llega a Jerusalén para la Pascua, donde Le consume el celo de su casa: Vuelca las mesas de los cambistas, habla sobre todo de su misterio, de que el templo de su cuerpo sería derribado y de que resucitaría de los muertos al tercer día. Así que por un lado encontramos aquí el despliegue de los caminos de Dios, lo que Dios hará, pero por otro lado vemos la maldad del mundo. Ellos darían muerte al Señor, pero Él resucitaría al tercer día. Los judíos, sin embargo, serían responsables de su muerte. Esto demuestra que no Le conocían realmente. Tal vez „creyeron“ en Él (v. 23), pero leemos: „Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos... pues Él sabía lo que había en el hombre“ (vv. 24,25). Él conocía al hombre en su depravación, y sabía que no tenía nada que esperar del hombre. Con esto se pone claramente en evidencia que el mundo e Israel Le rechazaron.

## Capítulo 3

Después de que el Señor Jesús había sido rechazado como Hijo de Dios, vemos en los capítulos 3 y 4 lo que Dios quiso revelar con el envío de su Hijo unigénito a la creación. En Juan 3 el testimonio se dirige al pueblo de Israel, en Juan 4 hace referencia a los creyentes de las naciones. Nicodemo se acerca al Señor Jesús. Ocupaba una posición muy elevada en medio del pueblo elegido y, por tanto, en todo el mundo. Sin embargo, tuvo que llegar a conocer la verdad de que todas las personas tienen que nacer de nuevo. Esto ya estaba escrito en el Antiguo Testamento (Ez 36:25,26). Sin el nuevo nacimiento de agua y del Espíritu, nadie puede ver el reino, y mucho menos entrar en él.

Pero luego el Señor Jesús habla de cosas celestiales (v. 12). Sólo Él podía revelarlas como Hijo del Hombre. Había bajado del cielo y al mismo tiempo estaba en el cielo (v. 13). Esto iba mucho más allá de lo que sabía Nicodemo y de lo que se desarrollaba en el Antiguo Testamento. ¿Cuál era entonces la novedad? Resumido en dos palabras: Era lo de la

*vida eterna*. El Hijo del Hombre tenía que ser levantado, el Cordero de Dios tenía que presentarse a Dios como olor fragante, y en virtud de esta obra la vida eterna sería dada a los hombres (vv. 15.16). El que cree en el Hijo no sólo debe recibir la redención y el perdón de pecados - que son cosas que ni siquiera se mencionan aquí -, sino sobre todo tener la vida eterna. La vida eterna es, en primer lugar, el Señor Jesús mismo (1Jn 5:20). Quien cree en Él, recibe al Hijo de Dios como vida suya. En esto se incluyen todas las bendiciones celestiales. La vida eterna es ante todo el conocimiento del Padre y del Hijo y la comunión con Ellos como personas divinas (Jn 17:3; 1Jn 1:3,4).

El gran objetivo de la misión de Cristo no es destruir al mundo, sino salvar a las personas y darles la vida eterna. Este es un testimonio no sólo dado por el Señor Jesús. Los versículos 22 y siguientes nos muestran que Juan también lo testifica y confirma. Dice en el versículo 31: „El que de arriba viene, es sobre todos“ (por lo que también habla de Él como el que bajó del cielo), y en el versículo 32: „Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio“. Aquí también encontramos las mismas dos líneas principales: Por un lado, el Señor da testimonio aquí en la tierra de lo que ha visto y oído con el Padre, las cosas celestiales de la casa del Padre, la gran verdad de todo este Evangelio. Por otro lado, el mundo no Le ha reconocido y por eso - en lo que respecta a la responsabilidad del hombre - „nadie“ ha recibido el testimonio. Juan vuelve a exponer la esencia del Evangelio en el versículo 36: „El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.“

#### Capítulo 4

En el capítulo 4 vemos ahora - al igual que en el capítulo 1 - un nuevo despliegue: Las cosas celestiales no pertenecen sólo a Israel, sino que son para todo el mundo. Lo vemos aquí con la mujer samaritana. La familia de Dios está incluso compuesta en la mayor parte por quienes no son de Israel. Oímos aquí, en el capítulo 4, versículo 42, „que verdaderamente éste es el Salvador del mundo“. El pueblo sabe que el Señor es el *Salvador del mundo*. A la mujer el Señor no le habla del nuevo nacimiento, sino del *don de Dios*. Dios se revela como el gran Dador, ¿y qué es lo que da? Todo lo que Él posee en su propia casa, esto está contenido en la vida eterna. Aquí le da a esta mujer el agua viva, que según leemos más adelante en el capítulo 7 es el Espíritu Santo. A menudo el agua es una imagen de la Palabra de Dios, pero aquí se trata del Espíritu Santo que se dará a los creyentes, y se convertirá en ellos en una fuente de agua viva „que salta para vida eterna“ (v. 14). Por el poder del Espíritu Santo conocemos todos estos tesoros que distinguen la vida eterna.

Esto incluye un nuevo lugar de culto en este capítulo. No se trata de un culto propio del monte Gerizim o de Jerusalén, sino de un culto en espíritu y en verdad: en un lugar espiritual, de forma espiritual, fundamentado en la verdad que el Hijo ha desplegado plenamente sobre el Padre. Es sobre esta base espiritual, cristiana, que nosotros como familia de Dios - en gran parte de las naciones, como esta mujer samaritana - tenemos el conocimiento de la verdad plena de Dios, y en el poder del Espíritu Santo podemos adorar al Padre y al Hijo. Esto es cierto para todo el mundo: Los campos están blancos para la siega (v. 35), y el fruto para aquel que siega es fruto para la vida eterna (v. 36). El Señor se queda allí dos días más (v. 43).

Después de esto encontramos de nuevo lo mismo que en los „días“ de Juan 1 y 2: Después de la dispensación del cristianismo surgirá de nuevo un testimonio en Israel. Un oficial del rey en Capernaum tiene un hijo enfermo al que el Señor Jesús cura. En la curación de este hijo tenemos una indicación ejemplar de cómo el Señor volverá a tener misericordia de Israel después de la era cristiana. Aquí, en Galilea, siempre se trata del remanente judío al que quiere sanar y llevar a tener parte en las bendiciones; por eso este pasaje también concluye con las palabras del versículo 54: „Esta segunda señal hizo Jesús, cuando fue de Judea a Galilea.“ De ello se desprende que la primera parte de este Evangelio se encuentra en el capítulo 1:1-2:12 y la segunda en el capítulo 2:13-4:54.

#### Capítulo 5

En el capítulo 5 comienza un nuevo tema que se extiende hasta el capítulo 7. Cada capítulo contiene una nueva descripción del Hijo de Dios, motivada por un acontecimiento concreto. En el capítulo 5 se trata de la curación de un enfermo que llevaba treinta y ocho años de enfermedad. Estos treinta y ocho años fueron también el período de tiempo en el que el pueblo de Israel estuvo en el desierto bajo la ley. Vemos aquí a alguien en las garras de la ley, un mandamiento santo, justo y bueno, pero que era impotente por la carne. Este hombre es curado por el Señor Jesús en el día de reposo, pues por medio del Hijo de Dios ha venido la gracia y la verdad, que fuera del sistema de la ley son capaces de curar a un cojo. En consecuencia vemos cómo los judíos sacan la conclusión correcta (v. 18), a saber, que Él no sólo quebrantó el sábado, dejando así de lado el sistema de la ley, sino que también dijo que Dios era su propio Padre y se hizo así igual a Dios. Entendían esto último mejor que muchos „cristianos“ de hoy en día. Esto es también

exactamente lo que nos aclara el capítulo 5. Nos muestra una persona divina en la tierra, igual al Padre y, sin embargo, dependiente del Padre - dependiente no es lo mismo que inferior en una jerarquía -, perfectamente de una sola voluntad y en armonía con el Padre. Así, Él mismo dice: „No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre“ (v. 19); pero tampoco el Padre hace nada fuera del Hijo (vv. 21,26). El Padre Le da al Hijo dos cosas que poseía desde la eternidad como Hijo eterno de Dios: Hace vivir a quien quiere (vv. 21,26), y a Él se le entrega todo el juicio (vv. 22,27-30). ¿Hay alguna prueba más clara de quién Él es? Tiene vida en sí mismo (v. 26), al igual que el Padre tiene vida en sí mismo, pues ambos son personas divinas. Dios Hijo tiene un poder ilimitado para dar vida a quien Él quiera.

Pero el Padre también le ha entregado todo el juicio, y esto también es una prueba de que es una persona divina, pues todo juicio sólo puede ser hecho por Dios. Sin embargo, también se da una segunda razón aquí: „Y también le dio le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el hijo del hombre“ (v. 27). No dice el „Hijo del Hombre“, como si se tratara de este título, sino „porque es el hijo del hombre“, lo que significa porque realmente nació como hombre. El Padre Le ha dado el juicio, no sólo porque el Hijo es el Creador (1:3) aunque, por tanto, también tiene derecho sobre toda la creación -, sino que lo especial aquí es precisamente que es un ser humano el que va a juzgar toda la creación. Tiene vida en sí mismo y ahora la comparte como ser humano con otros seres humanos, y ha recibido todo el juicio, no sólo porque es el Hijo del Padre, sino también porque se hizo hombre. Él ejerce este juicio en el sentido de que habrá una resurrección de vida y una resurrección de condenación.

Este es el lado de la omnipotencia de Dios. Él da vida a quien quiere y juzga según su potestad soberana. Pero también hay otro lado, el de la responsabilidad humana. A esto se aplica lo que está escrito en el versículo 24: „El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación.“ Este llega a tratar con el Hijo como el que le da la vida, y por otro lado como el que le salva de la condenación. Este lado de la responsabilidad también es importante, y por eso siguen cuatro grandes testimonios, dados por el Señor Jesús, para que nadie pueda excusarse:

1. El primero es el testimonio de *Juan el Bautista*: „Él dio testimonio de la verdad“ (v. 33).
2. La segunda es: „Las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado“ (v. 36).
3. La tercera es: „Y el Padre que me envió ha dado testimonio de mí“ (v. 37).
4. Y la cuarta es: „Escudriñad las Escrituras; ... y ellas son las que dan testimonio de mí “ (v. 39), como también se dice después de Moisés: „Porque de mí escribió él“ (v. 46).

Estos son cuatro testimonios importantes que ningún hombre puede negar sin incurrir en el juicio. Juan había testificado de Él antes, en las obras del Señor se manifestó quién era, el Padre había testificado de Él en su bautismo, en que se abrieron los cielos y sonó la voz del Padre, y las Escrituras Le habían anunciado mucho antes. Y esto último no es en absoluto el menor testimonio, pues se dice: „Pero si no creéis a sus escritos [de Moisés], ¿cómo creeréis a mis palabras?“ (v. 47). Esto significa que el Señor incluso puso los escritos del Antiguo Testamento por encima de sus propias palabras, tan importante es el testimonio de la Escritura.

## Capítulo 6

El capítulo 6 nos muestra un lado completamente diferente de la verdad: no al Hijo de Dios que tiene vida y da vida, sino al *Hijo del Hombre* que entrega su vida en la muerte. La ocasión para el despliegue de esta verdad es la Pascua (¡la muerte del cordero pascual!) y la alimentación de los cinco mil. Esta alimentación correspondía a la expectativa de Israel de que el Mesías vendría a saciarles con pan (cf. Sal 132:15). Inmediatamente después reanudan esto y Le llaman el *Profeta* „que había de venir al mundo“ (v. 14), y quieren hacerle *Rey* (v. 15). Sin embargo, en virtud de esta confesión, el Señor no puede unirse a ellos. Se retira y vuelve a subir la montaña solo. Este servicio del Señor en ese momento no equivale ni al de un profeta ni de un rey, sino al de un *sacerdote* que ora por los suyos que están en el lago en medio de la tormenta.

Así que aquí Le encontramos no como el Hijo de Dios que tiene vida y da vida, sino como el *Hijo del Hombre* que tomó sangre y carne para poder morir. „La comida que a vida eterna permanece la cual el Hijo del Hombre os dará“ (v. 27). Pero, ¿cómo va a hacerlo? La respuesta es: „Mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo“ (v. 32), y en el versículo 35: „Yo soy el pan de vida“, y en el 51: „Yo soy el pan vivo que descendió del cielo“. Así que este no es el Mesías que alimenta a su pueblo con pan ordinario, sino que da mucho más: Se da a sí mismo como el pan vivo que descendió del cielo. ¿Y cómo da su vida? Como dice aquí: „Y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo “ (v. 51). Y en el versículo 53: „Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en

vosotros“. Esta es una revelación completamente nueva. Por su muerte recibimos la vida eterna. La vida eterna se nos ha dado sólo después de que el Señor haya vencido la muerte y la vida se haya convertido en vida de resurrección.

No basta, pues, con que el Hijo dé la vida a quien quiere; a esto hay que añadir la necesidad de que haya muerto como Hijo del Hombre. Las personas como tú y yo debemos alimentarnos de un Cristo que murió para poseer la vida eterna a causa de su muerte, mientras que entretanto el propio Señor haya regresado al cielo: „Si, viéreis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero“ (v. 62). Así, ha muerto y fue levantado de los muertos y ha vuelto al Padre. Así surgió la familia de Dios en la tierra. Ya hemos encontrado en el capítulo 1 que las personas se convierten en hijos de Dios a través de la fe en el nombre del Señor Jesús.

## Capítulo 7

Ahora sigue la tercera fase en el capítulo 7. Volvemos a encontrar allí una nueva verdad, a saber, que el Señor Jesús está ahora en el cielo, y esto no sólo como el Hijo que está en el seno del Padre, sino como un hombre glorificado. Esto está vinculado de nuevo a un evento, a saber, la Fiesta de los Tabernáculos. Así como la Pascua del capítulo 6 está relacionada con la muerte del Cordero de Dios, la Fiesta de los Tabernáculos, que es el cumplimiento de todos los caminos gubernamentales de Dios, está relacionada con el Hombre glorificado en el cielo. El Señor Jesús sube finalmente a Jerusalén. Allí se discute mucho sobre su persona, lo que concluye con las palabras: „Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió“ (v. 33). Pero luego Él muestra en los siguientes versículos cuáles serían las consecuencias de esta ida. Iba a ser glorificado, pero esto aún no había sucedido: „Porque Jesús [entonces] no había sido aún glorificado“ (v. 39).

Las consecuencias de su glorificación las revela Él en el octavo, el gran día de la Fiesta de los Tabernáculos. Una vez consumados los siete días, que forman la conclusión de los caminos de Dios con Israel, viene el octavo día, que introduce un orden completamente nuevo, nuevos principios de Dios, que se aplicarán una vez en el estado eterno de un nuevo cielo y una nueva tierra, y es cuando el Espíritu Santo habrá sido derramado sobre toda la carne (con la excepción de los incrédulos). Nosotros, como familia de Dios, ya pertenecemos a este último y gran día de la Fiesta. Ya pertenecemos, en cuanto a nuestras bendiciones y nuestro destino eterno, a la esfera de la casa del Padre. Cuando alguien cree en Cristo, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto es lo que dijo del Espíritu Santo que sería derramado sobre los que creyesen en Él, cuando el Señor fuera glorificado (v. 39). El don del Espíritu de Dios es la consecuencia de la glorificación de Jesús a la derecha de Dios: El Espíritu Santo descendería para habitar en los suyos. Esto va incluso más allá de Juan 4: Allí el Espíritu Santo es una fuente que nos pone en contacto con las bendiciones de la vida eterna; pero aquí el Espíritu en nosotros se convierte en una fuente a través de la cual otros son bendecidos al llegar también a conocer estas bendiciones.

Vemos que esta revelación aumenta el odio de los judíos hasta tal punto que quieren prenderle. Pero el Señor se retira. Así terminan los capítulos 5 a 7 en los que tenemos un despliegue de los diferentes aspectos de su gloria: Es el *Hijo de Dios* que es la Vida, es el *Hijo del Hombre* que se entregó a la muerte, y finalmente ahora es *glorificado con Dios* y ha dado el Espíritu Santo.

## Capítulo 8

En los capítulos 8 a 10 volvemos a encontrar un nuevo tema. Estos capítulos nos muestran las tristes consecuencias del despliegue de su gloria, a saber, que su *testimonio* y su *persona* son rechazados. Aquí se describe en tres fases. Primero tenemos una introducción, a saber, el incidente con la mujer adúltera. El Señor aprovecha este acontecimiento para mostrar que todo el pueblo era pecador: Todos los acusadores de la mujer son remordidos en sus conciencias, en primer lugar los ancianos. Este principio general de que el hombre persiste en el pecado se desarrolla a continuación.

En el capítulo 8:12-30, el propio Señor es rechazado. Allí se trata de lo que Él es en sí mismo: Él es la luz del mundo y el enviado del Padre. Cuando Le preguntaron: „¿Tú quién eres?“, respondió: „Lo que desde el principio os he dicho“ (v. 25). Así que Él fue lo que decía. Esto es exactamente lo que rechazaron. Por eso esto fue lo más grave, porque con ello rechazaron su *Persona*. Se había revelado como la Luz y la Vida, como el enviado del Padre que era de arriba. Pero rechazaron cada gloria de su persona. Sin embargo, un día tendrían que reconocer quién era, concretamente cuando fuera exaltado como Hijo del Hombre (v. 28).

Después de eso, desde el versículo 31 hasta el final de este capítulo, su *Palabra* que habló es rechazada. La Palabra que Él habló - no sólo „las palabras“, sino „Su Palabra“ - como se dice en el capítulo 1. A través de la Palabra reveló quién era el Padre, quién era Dios. Era la verdad plenamente revelada de la que Él dice: „La verdad os hará libres“ (v. 32) y „Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres“ (v. 36). La verdad podía liberarlos del poder del pecado en el que eran esclavos. Pero ellos rechazaron esta verdad, y esto hasta el punto de que el Señor incluso los llama hijos del diablo (v. 44). El diablo era su padre. Por la reacción de la gente es evidente lo que había en sus corazones: Le llaman *samaritano* (v. 48) y dicen de Él que tiene un *demonio*. Así, incluso rechazaron blasfemamente su revelación de la verdad, de todo lo que tenía que desplegar según el consejo del Padre y para lo que había venido.

## Capítulo 9

En el capítulo 9 encontramos el tercer rechazo del Señor Jesús, es decir, el rechazo de su obra. Así que vemos primero el rechazo de su *persona*, luego el de su *palabra* y después el de su *obra*. ¿Cuál fue la obra que hizo? Se explica aquí en el incidente con el ciego de nacimiento, es decir, la separación de los suyos del pueblo de Israel hacia la familia de Dios. Esta fue la característica de su obra, y en esto los judíos Le ayudaron en su odio al echar fuera al ciego de nacimiento. Después de que este último fue sanado y vino a la luz y creció espiritualmente de manera que llegó a conocer al Señor Jesús cada vez mejor, finalmente Le adoró como Hijo de Dios. Así que vemos que el Señor Jesús trae gente a la luz, como aquí en el pueblo de Israel, y esta luz finalmente lleva a esta persona a conocer al Señor como el Hijo del Padre y también a aprender a adorarle. Pero, ¿qué hizo el pueblo de Israel en su conjunto? Echaron al hombre curado de la sinagoga. Esto sólo se menciona brevemente y, sin embargo, es de gran envergadura. El hecho de que lo echaran de la sinagoga significa que alguien que pertenece a la familia de Dios ya no tenía cabida en medio del pueblo de Israel. El capítulo 10 es la continuación de éste.

## Capítulo 10

En el capítulo 10, el Señor Jesús enseña que la expulsión del ciego de nacimiento de la sinagoga de los judíos es exactamente lo que Él pretende. Es decir, ya no tiene ninguna relación con „el redil“ en su conjunto (el redil es Israel), sino que como buen pastor llama a sus propias ovejas fuera del redil. Ya no puede unirse al pueblo en su conjunto, porque no le han recibido (Jn 1:11). Por eso llama de entre este mismo pueblo a los que Le pertenecen. Son sus ovejas que conocen su voz. Conocen su voz porque les da la vida eterna. Están firmemente unidos a Él, seguros en sus manos. Nadie puede arrebatarlos de Su mano y de la mano del Padre. Después de que los judíos hayan rechazado así al Señor, es evidente que su testimonio no puede seguir limitándose a Israel. Ahora todas las naciones tendrán acceso a la salvación. Lo que se insinuó en el ejemplo del capítulo 1:35-42 y lo que el Señor insinuó en el capítulo 4:21-24,35,42 en relación con la mujer samaritana, lo encontramos aún más claramente en este capítulo: Él todavía tiene „otras ovejas que no son de este redil“ (v. 16). Así que no sólo tiene ovejas en Israel, sino también otras ovejas que reunirá de todas las naciones y las unirá en un solo rebaño bajo un solo Pastor. El Hijo de Dios dio su vida por todas estas ovejas, todas ellas poseen vida eterna. Todos pertenecen a la *única* familia de Dios.

Sin embargo, no sólo dio su vida por amor a las ovejas, sino que también fue un mandamiento del Padre (v. 17,18). ¿No es hermoso? No sólo fue el mandamiento del Padre que desplegara la verdadera vida aquí en la tierra, sino que también fue su mandamiento que el Hijo diera la vida. Sólo después de esto sus ovejas podrían recibir la vida eterna. Su entrega de la vida fue una oportunidad especial para que su Padre Le amara, aunque ya Le amaba desde toda la eternidad.

## Capítulo 11

Después de que el Señor Jesús haya expuesto aún más su Deidad frente a los judíos (10:25-38), podríamos pensar que esto sea completado el testimonio ante Israel, que ya ha terminado para ellos de una vez por todas y que ya no tiene nada más que ver con Israel. ¡Pero Dios no ha dicho aún la última palabra! Todavía tiene un último mensaje para este pueblo antes de la cruz, no tanto para llevarlos a la conversión, sino para darles un testimonio absoluto de la gloria de su Hijo, un testimonio que Le debían al Señor, pero que Le habían negado. No Le aceptaron como el Hijo del Padre que vino a desplegar la gloria de Dios y a revelar la vida eterna. Esto es lo que encontramos ahora en los capítulos 11 y 12.

En el capítulo 11 encontramos la resurrección de Lázaro. La clave es: „Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella“ (v. 4) Este es el objetivo; Dios es glorificado para que el

Hijo sea glorificado. Ahora Dios glorifica al Hijo para que todos vean que Él es la vida y da vida a quien quiere. En primer lugar, en el versículo 25, el Señor indica que Él es la resurrección y la vida y que tiene poder para dar vida que permanece incluso después de que alguien haya muerto. Marta y María no entendieron esto hasta que el Señor finalmente llamó a Lázaro fuera de la tumba. Dice en el versículo 40: „¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?“. Y la vieron: Dios fue glorificado, el Padre fue glorificado y el Hijo fue glorificado al resucitar a Lázaro por su poder como Dios Hijo. Esto lo hizo en completa consonancia con su Padre (vv. 41.42).

Otro testimonio son las palabras pronunciadas por el Espíritu Santo a través de Caifás: „Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca“ (v. 49,50). Dios se sirve incluso de la boca de un incrédulo para este testimonio, pues esta palabra era según el corazón de Dios: Entregar a un hombre para que muriera por el pueblo, y „no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos“ (v. 52). Los hijos de Dios dispersos incluyen tanto a las ovejas de Israel como a las „otras ovejas“ que no eran del „redil“ de Israel. Todos ellos debían convertirse en un solo rebaño bajo este *único* Pastor. Esta es la familia de Dios que el Señor Jesús quería formar; a todos ellos les daría la vida eterna, y así se unirían como una sola familia.

## Capítulo 12

A esta familia la vemos ahora en un cuadro al principio del capítulo 12. Allí vemos una escena como la que encontramos hoy en la asamblea, en la familia de Dios: Vemos al Señor Jesús en el centro; María, Marta y Lázaro, cada uno a su manera, son una imagen de los creyentes en la dispensación cristiana. Allí María ofrece su nardo al Señor, con el que expresa la gloria que ha encontrado en el Señor Jesús. Esto es especialmente su gloria en su muerte y resurrección, pues ella lo unge para el día de su sepultura (v. 7). Este también es nuestro gran privilegio hoy en día: Estamos reunidos como una sola familia en un mundo en el que Él no ha encontrado la gloria, que no Le ha reconocido.

Sin embargo, Dios también da un último testimonio al pueblo de Israel, cuando el Hijo de David hace su entrada en Jerusalén. Él no sólo es el Hijo de Dios que reveló al Padre, sino que también es el Hijo de David. ¿Vemos cómo Dios tiene el control de todo? En medio de este pueblo tan testarudo, Dios, sin embargo, lleva a efecto un testimonio glorioso, tanto de Él como Hijo del Padre y como de Hijo de David, obrando en los corazones de este pueblo para que reciban al Señor Jesús diciendo: „¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel“. Esta es la omnipotencia de Dios.

Esta entrada es una imagen de la futura introducción del Reino de Paz, cuando el Señor Jesús venga de nuevo y haga su entrada una vez más. Por eso también encontramos aquí una tercera fase (vv. 20-23): También las naciones serán introducidas en el Reino de Paz, al igual que aquí estos griegos vienen a admirar la gloria del Señor Jesús. ¿Y cuál es la gloria que verán? „Ha llegado la hora para que *el Hijo del Hombre* sea glorificado“ (v. 23). El Señor Jesús deja claro cómo será glorificado el Hijo del Hombre: a través de su muerte. El Hijo del Hombre es Aquel a cuyos pies serán sometidas todas las cosas un día; pero Él llega a esa corona a través de la Cruz. Primero debe caer en la tierra como el grano de trigo y morir, pues sólo así puede llevar fruto. De esta manera, sus ovejas pueden recibir la vida eterna.

Mediante la muerte del Señor Jesús, el Padre también es glorificado: „Ahora está turbada mi alma, ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: „Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez“ (vv. 27.28). A esta palabra se abren los cielos y Dios dice: „Lo he glorificado“, es decir, el nombre de su Padre, en la tumba de Lázaro. Y el Padre glorificará de nuevo su propio nombre, porque el Hijo no sólo dará vida a los muertos, sino que el mismo Hijo pone su vida y la volverá a tomar. Esa es la glorificación del Padre en la resurrección. Esta es una glorificación aún mayor que la en la tumba de Lázaro.

Esto nos lleva al punto central de este Evangelio, la conclusión final del testimonio al pueblo de Israel. Ahora todo es seguro: El Señor Jesús morirá y será levantado de entre los muertos, y el Padre glorificará su nombre con ello. Cuando el Señor Jesús sea levantado de la tierra, atraerá a todos hacia sí. Reunirá a la familia de Dios en torno a Él. Pero esto también significa el juicio del mundo y del príncipe del mundo (v. 31). El curso de los acontecimientos posteriores ya está determinado. Ahora la gloria divina del Señor también sale a la luz aún más claramente, ya que el Espíritu Santo Le presenta en los versículos 37-43 como el Yahvé del Antiguo Testamento en la gloria del que estaba sentado en el trono celestial en Isaías 6. Esta porción de las Escrituras se utiliza para mostrar que su pueblo ha rechazado esta gloria. Por eso, el Señor pronuncia ahora sus últimas palabras en medio del pueblo: El que crea se salvará, y el que no crea, que finalmente rechace el último testimonio, perecerá.

## Capítulo 13

En los capítulos 13 -16 encontramos las palabras que el Señor habló exclusivamente a los suyos. El testimonio está completo, la familia de Dios está apartada, al menos los que componen el principio de la familia. No tiene nada que ver en este momento con el mundo ni con el „redil“ de Israel. Él ha apartado a su propia familia, a ellos les dará la vida eterna después de su resurrección. Ahora está reuniendo a esta familia a su alrededor porque los dejará: Morirá, resucitará y será glorificado. Todo lo que encontramos en estos capítulos se resume en el primer versículo: Había llegado la hora para que pasase de este mundo al Padre.

Esto es lo primero: Había llegado su hora, volvería al Padre en la casa del Padre, y los suyos se quedarían en la tierra. Sólo tiene la apariencia que se queden solos, y esto les entristece. Pero en todas las enseñanzas que da el Señor aquí, despliega que no serían más pobres, cuando Él regrese al Padre, sino que precisamente sería un enriquecimiento. Sólo de esta manera, por ejemplo, podría enviar el Espíritu Santo a la tierra. En el amor de su corazón despliega todas las bendiciones que recibirían como resultado de su regreso al Padre. „Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin“, o hasta el extremo (v. 1).

Por eso es hermoso ver que estos capítulos comienzan con el lavado de los pies. Con esto el Señor da ejemplo a los discípulos (vv. 4-11), pero sobre todo es una referencia a lo que el Señor mismo haría por los suyos, cuando haya vuelto a su Padre. Se lo indica a Pedro, cuando le dice: „Mas lo entenderás después“ (v. 7), cuando haya vuelto a su Padre. Cuando el Espíritu Santo haya venido, ellos entenderían lo que el Señor estaba haciendo aquí; y cuando esté con el Padre, intercederá por ellos de esta manera día y noche. Con el lavado de los pies deja claro que hay que eliminar en la vida de los discípulos aquellas cosas que les impiden tener comunión con Él y descansar en su amor. Aunque el Hijo de Dios está ahora en la casa del Padre y los creyentes están en la tierra, es posible, sin embargo, que los creyentes tengan esta comunión con Él a través de su ministerio.

Después de que Judas haya salido, el Señor profundiza más en lo que ahora sucedería. El Señor se coloca después de la cruz, por así decirlo, y por eso dice: „Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él“ (v. 31). La cruz fue la ocasión para que el Hijo fuera glorificado, es más, para que Dios mismo fuera glorificado en Él. El Padre había enviado al Hijo para que Le glorificara durante toda su vida en la tierra (17:4); pero en la cruz glorificaría al Dios santo y justo de una manera especial como Hijo del Hombre. Dios fue glorificado allí, y la gloriosa consecuencia es que Dios a su vez glorificó al Señor Jesús (v. 32): „Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará [es decir, a Cristo] en sí mismo, y en seguida le glorificará.“ Dios glorificaría al Señor Jesús ante los ojos de todo el mundo; los „griegos“ vendrían y Le verían en su gloria como Hijo del Hombre. Sin embargo, tendrían que pasar otros dos mil años para que el Señor apareciera públicamente. Pero el Señor no tenía que esperar dos mil años para ser glorificado como Hijo del Hombre sobre toda la creación. Dios Le glorificó inmediatamente resucitándole de entre los muertos y exaltándole a su derecha. Así los discípulos llegarían a conocerle, formando el núcleo de la familia de Dios. Finalmente, el Señor dice: „A donde yo voy, vosotros no podéis ir“ (v. 33). Los dejaría como familia del Padre, una familia en la que todo se rige por el mandamiento del amor, pues era el amor del Padre el que Él derramaría en sus corazones (vv. 34,35).

## Capítulo 14

Cuando entendemos que el Hijo volvería a la casa del Padre y los discípulos estarían en la tierra, también entendemos lo que encontramos en los capítulos 14 y 15. En ello se trata de dos puntos en particular:

1. El Hijo, cuya vida hemos recibido, está en la casa del Padre, y nosotros estamos en la tierra como testigos. Pero aunque el Hijo está en la casa del Padre y nosotros seguimos en la tierra, nuestro lugar real ya está en la casa del Padre, donde Él ha preparado un lugar para nosotros. La posición que el Señor tiene allí ante el Padre es la misma posición que nosotros también tenemos ante el Padre.
2. El capítulo 15 nos muestra otro lado: Somos un testimonio en la tierra que ha tomado el lugar de Cristo; ahora podemos testificar con el poder del Espíritu lo que Él ha testificado aquí.

Así que el capítulo 14 nos instruye sobre el lugar que tenemos en la casa del Padre, el capítulo 15 nos ve aquí en la tierra; por el poder del Espíritu somos testigos del Señor Jesús. Así que tenemos un lugar en la casa del Padre (14:1-3), y esto significa que estamos ante el Padre como el propio Hijo. Podemos pedir cualquier cosa en su nombre (v. 12) porque estamos en la posición del Hijo ante el Padre. Hemos sido hechos aceptos en el Amado (Ef 1) y trasladados al reino de su amado Hijo (Col 1). El Hijo es la complacencia del Padre, y por eso podemos acudir al Padre en el nombre

del Hijo. Al mismo tiempo, vendría a los suyos en la persona del Espíritu Santo (v. 18). Cuando el Espíritu fuera derramado, el glorioso estado del versículo 20 se haría realidad: „En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros“. Así se darían cuenta de que el Señor Jesús, como Hijo de Dios, es perfectamente uno con Su Padre en la Divinidad. Además, comprenderían que ellos estarían en Él: „en el Amado“ (Ef 1,6), y Él como Hombre estaría en los discípulos: „Cristo en vosotros“ (Col 1:27):

Así de completamente unidos están los creyentes con el hombre Cristo. Todo esto se aplica también en lo práctico: Si le amamos, guardamos sus mandamientos y su palabra, Él viene a nosotros junto con el Padre para tener comunión con nosotros, es decir, para hacer morada con nosotros (v. 23). Y aunque está en el cielo, nos envía el Espíritu Santo que nos enseñará todas las cosas del Señor (v. 26). Sí, el Señor no sólo da la paz de la nueva posición de los creyentes, sino también es su propia paz personal (v. 27). Así que no fue una desventaja para los discípulos que el Señor fuera al Padre, sino sólo una ventaja.

## Capítulo 15

El capítulo 15 nos muestra el otro lado: No sólo tenemos un lugar en la casa del Padre, sino también un lugar como testigos de Dios en la tierra. Israel había fracasado como vid, y el Señor Jesús había sido puesto en su lugar como la Vid verdadera. Sin embargo, dejaría la tierra, dejando a sus discípulos como testigos de Dios en la tierra, como pámpanos que llevan fruto en Él, la Vid. Así como Él había revelado al Padre y también había guardado los mandamientos de Su Padre (v. 10), también ellos debían permanecer en Su amor y guardar los mandamientos que habían recibido de Él. Así como Él había revelado al Padre, también ellos tendrían que presentar al Padre y al Hijo al mundo como sus testigos en una unión viva con Él en la tierra. Por eso se les compara aquí principalmente con los pámpanos que llevan fruto por su conexión con la vid. En el versículo 8 se les llama discípulos del Señor que debían llegar a conocer sus pensamientos. En los versículos 13 y 14 son sus amigos por los que Él pondría su vida. Como eran sus amigos, no tendría secretos frente a ellos. Todo lo que había oído de su Padre, se lo había dado a conocer (v. 15). Pero ellos también serían sus siervos (v. 20); y como Él fue perseguido, lo mismo les ocurriría a ellos como testimonio de Dios en la tierra, y les esperaría un camino de deshonra. Finalmente los encontramos como testigos: „Y vosotros daréis *testimonio* también, porque habéis estado conmigo desde el principio.“

## Capítulo 16

Debían dar testimonio de lo que habían visto en el Señor: sus sufrimientos, su muerte y su resurrección. Además, el Espíritu Santo daría testimonio, no en relación con lo que era en la tierra, sino que el Espíritu Santo descendería del cielo de un Señor glorificado a la derecha de Dios y, por lo tanto, daría testimonio de quién es el Señor *en el cielo*, mientras que los discípulos darían testimonio de quién había sido el Señor Jesús *en la tierra* a través del poder del Espíritu.

Este testimonio del Espíritu Santo se describe con más detalle en el capítulo 16. Aunque los discípulos estaban tristes, debían comprender que incluso sería útil que el Señor los dejara. Porque sólo después de que Él sería glorificado podría venir el Consolador (v. 7), y éste daría un testimonio glorioso. Los discípulos testificarían de lo que el Señor Jesús había sido en la tierra, pero el Consolador (el Espíritu Santo) testificaría de lo que el Señor Jesús es ahora en el cielo y cuáles serían las consecuencias de su glorificación (vv. 8-11). La presencia del Espíritu en la tierra sería la prueba absoluta del pecado en este mundo por no haber creído en el Hijo. Sería además una evidencia de la justicia de Dios porque el Padre había glorificado justamente al Hijo con Él mismo. Por último, sería una prueba de *juicio justo*, porque la presencia del Espíritu Santo en la tierra demuestra que la obra se ha cumplido y también que el juicio se ha pronunciado sobre el mundo y su príncipe.

Después de esto, vemos aún más claramente lo que haría el propio Espíritu Santo (v. 13): Guiará a los hijos de Dios a toda la verdad. Esto significa que les anuncia lo que no habían oído antes y lo que el Señor aún no podía decirles (v. 12). Entonces entenderían esta verdad. El Espíritu describiría la gloria celestial del Hijo: „Porque tomará de lo mío y os lo hará saber“ (v. 14). Todo esto significaba una gran bendición para ellos, que ahora aún no podían sobrellevar. Entonces estarían llenos de alegría porque el Consolador prometido vendría a ellos. Así, no sólo recibirían el maravilloso don del Espíritu Santo y llegarían a conocer la gloria del Hijo, sino que también estarían en contacto con el Padre de una manera completamente nueva (vv. 23,24). Poseerían al Hijo como la vida eterna y, por lo tanto, ya no necesitarían más como mediador, sino que se acercarían al Padre en su nombre: „Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros“ (v. 26). Podían acercarse directamente al Padre porque se habían convertido en hijos del Padre (v. 27). Debían pedir todo en el nombre del Señor Jesús. Todo esto era consecuencia del hecho de que Él había salido del

Padre y había venido al mundo, y eventualmente dejaría el mundo de nuevo e iría al Padre (v. 28). Los discípulos que se quedaron tendrían paz en Él (v. 33).

## Capítulo 17

Ahora, en el capítulo 17, somos testigos de una maravillosa conversación entre el Padre y el Hijo. No es la oración de un sumo sacerdote a Dios, sino que aquí el Hijo habla de las cosas que ya hemos visto en este Evangelio. Pide a su Padre que cumpla todo lo que ha prometido y que el Hijo había anunciado. La base del cumplimiento de estas promesas es la obra que el Hijo realizaría al día siguiente: „Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese“ (V. 4). La obra - toda su vida y también la obra de la cruz -consistía en glorificar al Padre. Por eso, ahora pide que el Padre lo glorifique con la gloria que tuvo con el Padre antes que el mundo fuese (v. 5). Como Hijo con el Padre, la poseía desde la eternidad, pero pidió la misma gloria como hombre para poder compartirla con los creyentes, con la familia de Dios (v. 22).

Esto lo encontramos ya en el versículo 1: Él mismo pide ser glorificado para que a su vez pueda glorificar al Padre. ¿Cómo lo haría? Dando vida eterna a todos los que el Padre Le dio (v. 2). Incluso ahora - tanto tiempo después de la cruz - el Hijo glorifica al Padre en el cielo cada vez que da vida eterna a los que el Padre le dio del mundo. El versículo 3 nos describe lo que es la vida eterna: Conocer a Dios en su ser más profundo y conocer a Jesucristo, a quien Él envió, en lo que Él es en su ser más profundo como Hijo del Padre, que es Él mismo el verdadero Dios y la vida eterna (1Jn 5:20).

Luego, el Señor continúa hablando de los que el Padre Le había dado, que habían aceptado su palabra (vv. 6.7). Ora por ellos porque se han quedado atrás en el mundo (v. 11). También ora por ellos para que el Padre los guarde del mal en el mundo (vv. 15-17). Esta oración ha sido respondida porque nos hemos convertido en nuevas criaturas en Él. Ya no formamos parte del mundo, no sólo del mundo malo, sino del mundo en su conjunto como primera creación. Así que dice aquí: „No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo“ (v. 16), aunque todavía estaban en el mundo. Estamos relacionados con un Padre santo que está separado de todo lo que hay en la primera creación. El Señor mismo se santifica también por nosotros: „Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad“ (v. 19). Él toma una posición santificada (apartada) en la casa del Padre en vista de este cosmos, para que nosotros también podamos estar en esta posición ante el Padre que Él ahora ocupa.

Esta es la familia de Dios. ¡Qué maravillosa unidad tiene en el Hijo y en el Padre! La primera característica de esta unidad ya se menciona en el versículo 11: „Para que sean uno, así como nosotros“. Allí se trata todavía de los doce discípulos que en su testimonio revelaron una impresionante unidad, como encontramos en los escritos del Nuevo Testamento. Pero luego leemos de los que creerían en Él por medio de la palabra de ellos (v. 20), que ellos también eran uno: Allí se trata de toda la familia de Dios. ¿En qué consiste esta unidad? Consiste en el modo íntimo de unidad del Hijo con el Padre: „Como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti“ (v. 21). ¿Se puede pensar en una armonía más estrecha que la comunión entre el Padre y el Hijo? El Padre está en el Hijo, y el Hijo está en el Padre. En esta íntima armonía somos introducidos, pues el Señor dice: „Que también ellos sean uno en nosotros“. En nosotros que somos tan íntimamente uno, dice el Señor. Así, la primera carta de Juan dice que tenemos comunión unos con otros, y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1:3). El objetivo de esta unidad es que a través de esta maravillosa comunión se dé un testimonio ante el mundo, y la gente del mundo venga a la fe (v. 21).

Por último, nos ha dado la gloria que Él mismo recibió (v. 22), para que también haya un testimonio a la vista del mundo en el futuro (v. 23). Cuando volvamos glorificados con Él, el mundo reconocerá nuestra unidad, como dice aquí: „... para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado“. (V. 23). ¿Y cuál es el carácter de esta unidad? Como dicen los versículos 22 y 23: „... para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad“. Se trata de una unidad gradual: Como el Padre está en el Hijo y el Hijo es, por tanto, el Hijo es el despliegue perfecto de la gloria del Padre, así ahora el Hijo está en nosotros para que despleguemos la gloria que hay en el Hijo, pues esta gloria nos es dada. También reflejaremos visiblemente esta gloria ante el mundo cuando aparezcamos con el Señor. Entonces el mundo reconocerá - no sólo creará (cf. v. 21) - quién es Él como mensajero del Padre. Pero la gloria que el Señor nos ha dado es superada por su gloria personal e interior, de la que habla en el versículo 24. Es una gloria que no podemos compartir con Él, pero que admiraremos y contemplaremos cuando estemos con Él. A continuación se dirige a su Padre como a un Padre justo. Se trata de actuar con justicia con respecto a sus hijos que todavía están en el mundo, pero que Le han reconocido y Le pertenecen a Él y que tienen el amor en sí mismos con el que el Padre amó al Hijo (vv. 25.26).

## Capítulo 18

Con esto queda concluído el testimonio que el Hijo dio del Padre. Lo único que queda por hacer ahora es la obra de la cruz, donde es sacrificado como el Cordero de Dios. Allí quería completar la obra de glorificación del Padre, y allí se entregaría también para la glorificación de un Dios santo y justo. Aquí no se hace hincapié en lo que hace la gente, como en los otros Evangelios. Aquí el pueblo desaparece completamente en el fondo para que la gloria del Señor Jesús sea aún puesta más de manifiesto. Aquí no encontramos su angustia como hombre en el Huerto de Getsemaní - sólo Juan no lo menciona -, aquí más bien oímos al Hijo decir: „La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?“ (V. 11). Esta es la entrega perfecta de Aquel que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir (v. 4). Aquí no vemos a Judas traicionándole con un beso, sino que aquí se da a conocer pronunciando su nombre divino „Yo soy“, es decir YAHWE (= el Eterno). Inmediatamente cientos de hombres caen a tierra, entre ellos Judas. Así, incluso en su camino a la cruz, revela su gloria divina, que tiene como Hijo del Padre.

Al mismo tiempo, cumple con su testimonio hasta el final. Testifica ante los jefes de los sacerdotes (v. 20). Él había dado libre y abiertamente su testimonio ante el mundo, y no necesitaban preguntar acerca de él, pues Le conocían y no podían decir nada malo al respecto (v. 23). Así lo declaró también a Pilato cuando fue llevado ante él. Pilato quería condenarle, pero no pudo encontrar ningún delito en Él. Tuvo que reconocer esto (18:38; 19:4,6), mientras que Él mismo le testificaba sobre el propósito para el que había venido al mundo (18:36,37). Dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato (1Tim 6:13). Él testificó que Él era un Rey, pero que su reino no era de este mundo. Añadió: „Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad“. Su vida fue para dar testimonio de la verdad sobre el Padre (4:23; 17:17), sobre su propia persona (1:14; 14:6) y sobre la verdad que hará libres a los hombres (8:32). También testificó de que a los que creyeran en Él se les daría la vida eterna (3:14-21). Los judíos no entendían esta verdad, y a Pilato tampoco le interesaba.

## Capítulo 19

Cuando Pilato reconoce que Cristo no tenía delito alguno, esto es tan importante precisamente aquí, porque sólo en el Evangelio de Juan se establece claramente por qué el Señor Jesús fue condenado a pesar de esto: „Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios“ (v. 7). Este es el punto clave de la condena aquí: Porque Él es el Hijo de Dios. Pero mientras va a la cruz, esta no es ninguna actividad de sus enemigos. Sale como entró en el huerto (18:1,4) y como salió del palacio de Pilato (19:5). Así también salió al Gólgota (v. 17). Con ello demostró que era el Hijo de Dios. Nadie tenía poder sobre Él, como le dice a Pilato: „Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba“ (v. 11). Y el que la dio de arriba fue el Hijo mismo. Invierte los papeles como si Él mismo fuera el juez, y de hecho fue el juez de Pilato. Un día Pilato estará delante de Él siendo su juez. El Señor Jesús tiene aquí toda la iniciativa en sus manos, pues Él es Dios, revestido de poder. Sale, cargando su cruz, al lugar llamado de la Calavera, para ser el centro glorioso incluso en ese terrible lugar: „Y Jesús en medio“.

Cuán significativa es esta adición aquí! „Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo“ (12:32). Allí es el Cordero de Dios que se sacrifica para glorificar a Dios (13:31). Así forma el centro, no de Israel o de la tierra, sino de todo el cosmos: Así Él es exaltado desde la tierra. Así vemos allí cómo se ofrece perfectamente a Dios Padre. ¿Cómo podríamos encontrar aquí las tres horas de oscuridad? Sólo los encontramos en Mateo y Marcos, donde Él muere como ofrenda por el pecado y tuvo que ser abandonado por Dios para esto. Aquí Él se entrega completamente como el holocausto a Dios, incluso hasta la muerte, para glorificarle. No encontramos aquí los sufrimientos de un hombre, sino una persona divina que pone Su vida para volverla a tomar (10:17,18). Incluso los acontecimientos que se describen aquí sólo sirven para expresar esto. Esto se puede ver incluso en un detalle tal como la entrega de la túnica. En esto se hace énfasis aquí (vv. 23,24), pues la túnica era de un solo tejido de arriba abajo. Así es como el Señor vino de lo alto; era perfecto en todos los sentidos y sin mácula.

También vemos cómo ahora tiene misericordia de su madre sólo después de que la obra quedó casi consumada. Antes, no podía permitir que ella se ocupara de alguna manera de su obra ni se interpusiera entre Él y el Padre (2:4). Ahora que la obra está a punto de acabarse, clama para cumplir la Escritura: „Tengo sed“. Después de eso Él grita en voz alta: „Consumado es“. No se trata aquí tanto de la obra de redención o reconciliación; por supuesto que esto también se logra, pero ese no es el énfasis aquí. Se trata aquí de la obra realizada de la que dice: „Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese“ (17:4; véase también 13:31). Su vida era glorificar al Padre. Para esto había llegado a esta hora (12:27,28). Esta obra ahora era consumada. Ahora entrega su espíritu. No muere de agotamiento, sino que es el Hijo del Padre, al que el Padre ama, porque en omnipotencia y al mismo tiempo obedientemente pone su vida, para volverla a tomar (10:17,18). A esto le sigue un poderoso testimonio que sólo

encontramos en Juan: Sangre y agua salen de su costado (v. 34) como testimonio de las inmensas consecuencias de la obra que realizó en la cruz: El agua nos limpia del mal y la sangre nos reconcilia con Dios.

## Capítulo 20

Ahora que fue sepultado, todas las consecuencias de esta gran obra se desarrollan aún más detalladamente en los últimos dos capítulos. Sólo aquí hay dos capítulos dedicados en detalle a la resurrección. Aquí se describen todas las consecuencias de su obra en relación con el testimonio especial que dio en la tierra en este Evangelio. Lo que es el testimonio, el Señor resucitado lo repite aquí explícitamente, y no frente a grandes e impresionantes hombres, sino a una mujer, María, que llora ante su tumba. Ella es la primera en escuchar la consecuencia más gloriosa y significativa de la muerte y resurrección del Señor: „No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.“ (v. 17) Nunca lo había dicho así. Pero ahora que había pasado por la muerte como la vida eterna y había resucitado, y había vuelto a tomar la vida misma. Ahora esta vida se había convertido en vida de resurrección, y así podía comunicarla a los suyos, que ahora también habían sido arrebatados del poder de la muerte. El grano de trigo había caído en la tierra, murió y brotó, y llevaría mucho fruto. La vida eterna podía ahora ser comunicada a muchos, de modo que ahora Su Padre se convertía también en el Padre de ellos. Esto lo demuestra entrando en medio de los discípulos y soplando en ellos con las palabras: „Recibid el Espíritu Santo“ (v. 22). No se trata todavía de la inhabitación de la persona del Espíritu Santo, pues esto no ocurrió hasta el día de Pentecostés, sino que aquí es „Espíritu Santo“ (sin artículo) como la vida nueva, espiritual, divina, que Él les da: su propia vida, la vida eterna, la vida de resurrección.

Así vemos aquí la familia de Dios que ha recibido al Hijo como su vida y puede llamar a Dios su „Padre“. Juan describe en el ejemplo todas las consecuencias de este hecho. En primer lugar, como en el primer día de la semana, se reúne la familia de Dios - así los creyentes pueden reunirse ahora ya dos mil años, apartados del mundo (cf. v. 19), donde el Señor viene en medio de ellos para dirigir los corazones hacia lo que Él ha sufrido; donde están juntos como quienes han recibido la vida de Aquel que sopló en nosotros como Espíritu vivificador.

Una semana después encontramos un segundo ejemplo en Tomás. Después de la dispensación de la asamblea, el Señor volverá a formar un testimonio en Israel que, después de una sombría incredulidad, finalmente llegará a conocer al Señor, no por fe como los cristianos, sino después de haberle visto con sus propios ojos. Entonces le reconocerán y dirán: „¡Señor mío, y Dios mío!“ (V. 28.29). Finalmente, el apóstol dice: Todo esto „se ha escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre“ (v. 31).

## Capítulo 21

El capítulo 21 nos muestra la tercera y última fase. Si en Tomás se presenta un remanente que se encontrará en Israel en el futuro, entonces vemos cómo también se recogerá una gran cosecha de las naciones, aquí presentada en la gran captura de peces de las aguas del lago (una imagen del mundo de las naciones; véase, por ejemplo, Ap 17,15). Después de la acogida de la asamblea, esta „gran multitud, la cual nadie podía contar“ (Ap 7:9) será introducida en el Reino de Paz. Todos estos resultados, la asamblea, el remanente de Israel y finalmente la gran cosecha de las naciones se basan en el hecho de que Él realizó la obra de glorificación para que la gente pudiera ser llevada a Dios.

Finalmente, a partir del capítulo 21:13-23, se indican algunos principios importantes con respecto al ministerio dentro de la familia de Dios después de que el Señor haya ascendido. Aquí encontramos los ministerios de Pedro y Juan. Pedro es restaurado públicamente a la comunión con el Señor (lo que había sucedido antes en secreto: 1 Co. 15:5), y se le da una comisión especial, a saber, apacentar y pastorear los corderos y las ovejas del Señor. Se trata, pues, de un ministerio especial entre las ovejas que el Señor ha llamado fuera de su redil, de entre las ovejas de Israel (véase 10:1-4). Vemos en los Hechos y en las epístolas de Pedro que éste tenía un ministerio especial entre los creyentes de Israel. Pero el Señor también muestra que a Juan, el escritor de este Evangelio, se le daría otro ministerio que continuaría hasta la venida del Señor. Esto no fue cierto en el caso del ministerio de Pedro; ese ministerio llegó a su fin porque el cristianismo judío se disolvió y se dispersó entre todas las naciones con la destrucción de Jerusalén.

El ministerio de Juan, en cambio, permanecería, como dice el Señor: „Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?“ (V. 22). Esto no es un juego de palabras, sino una comunicación importante, pues significa que el ministerio de Juan es válido mientras que la familia de Dios esté en la tierra. Por eso no son ni Pablo ni Pedro quienes escribieron el libro del Apocalipsis, sino Juan! No sólo describe el comienzo del hogar cristiano (además de su Evangelio, véase también 1 Jn. 1:1-3), sino también su final y cómo el Señor Jesús ejercerá todo el juicio sobre toda la creación después

de su segunda venida, ya que tiene derecho sobre la creación a causa de su obra (Ap. 5). Finalmente, tras el Reino de Paz, abolirá el pecado del cosmos. Entonces se cumplirá la palabra pronunciada por Juan el Bautista: „He aquí el Cordero de Dios, que *quita* el pecado del mundo“ (1:29).

El discípulo que recibe este significativo ministerio es el mismo que „da testimonio de estas cosas, y que escribió estas cosas“ (v. 24). Estas cosas son mucho más profundas y gloriosas que las que encontramos en los otros tres Evangelios. Sin embargo, si realmente quisiéramos conocer y comprender todo lo que el Señor ha hecho y dicho, en el mundo no cabrían los libros que se habrían de escribir (v. 25). Tan infinitamente grande y gloriosa es su persona. Estamos lejos de poder comprender las diversas glorias de su persona. Si realmente quisiéramos comprender toda su gloria, todos los libros del mundo no serían suficientes. Tampoco podremos nunca comprenderlos en toda su profundidad, pero esto no es necesario: Estaremos eternamente en la esfera donde contemplaremos y admiraremos y adoraremos todo lo que no podemos ni describir ni comprender. Fue su voluntad expresa que estuviéramos un día con Él para contemplar su gloria, que el Padre Le ha dado. Bendito sea su nombre!<sup>1</sup>

Marienheide, enero de 2020  
Werner Mücher

---

<sup>1</sup> El texto se basa en los discursos de W. J. Ouweneel, „La gloria del Señor Jesús en los cuatro Evangelios“, ver <http://biblische-lehre-wm.de/wp-content/uploads/nt-01-04-herrlichkeit-des-herrn-jesus-in-den-Evangelien-WJO.pdf> – Abreviación y suplemento por WM.